

LA VIOLETA Y EL CARDO

Cuentan de un santo que, al amanecer, comenzaba a hacer oración y para orar se ponía en una mano un cardo y en la otra una violeta.

Un día preguntaron al santo cuál era la razón de tal práctica. Y el santo contestó:

-El cardo me recuerda el orgullo. La violeta, la humildad.

-¿Por qué? -le volvieron a preguntar.

El santo respondió:

-El cardo es grande y se eleva altivo. No da frutos, tan sólo pinchos que se clavan como flechas hirientes cuando intentamos acercarnos a él.

La violeta, en cambio, es una flor pequeña, sencilla, insignificante, pero muy olorosa. Lo mismo que la humildad: no se ve, pero se nota en el decir y en el obrar.